

SANAR A TRAVÉS DE LAS RELACIONES

de Xavi Demelo

LECCION 1

Hace aproximadamente diez días que mantuvimos una reunión para decidir el temario de los próximos cursos que un servidor escribiría. Por unanimidad absoluta, el primer curso que salió a la palestra de la materialización es éste que ahora, amigo o amiga estudiante, contemplan tus ojos: Relaciones Santas.

He tardado todo este tiempo en ponerme a escribirlo, desde que pedí un Instante Santo, (“Tomo la decisión de no tomar decisiones”), pedí inspiración al Espíritu Santo y entregué los posibles resultados (“Hágase tu voluntad y no la mía”), que, como siempre digo y *me digo*, no están en mis manos, sino en las Suyas.

Y, como pasa siempre **cuando permitimos que pase**, durante todo este tiempo de aparente inactividad, el Espíritu Santo me ha ido mostrando toda una serie de circunstancias relacionadas con el tema escogido. Han venido de todas partes, desde las redes sociales, pasando por las lecturas que, “causalmente”, han llegado a mis manos, e incluso en mi propio círculo familiar y de pareja he podido “vivir” últimamente el “material” en el que se basa este curso.

Y ayer recibí el aviso definitivo para ponerme a escribir, o esa fue mi interpretación, que espero sea la adecuada, como suele pasar con toda la información que proviene de la petición de un Instante Santo: Que no tienes ninguna duda del cómo, del cuándo y del porqué. Porque has entendido el **para qué**, la pregunta más importante que UCDM te enseña a hacerte. Y la respuesta a mi **para qué escribo este curso** es la siguiente, como no podría ser otra: **Para seguir convirtiendo mis relaciones especiales en relaciones santas**. Y seguir cambiando la percepción que tengo de mis hermanos y, a través de ellos, de mí mismo. **Puesto que somos lo mismo**.

Me hallaba sentado en mi casa frente a X e Y (voy a llamarlas así), supervivientes de un grupo de estudio presencial de UCDM en Terrassa que conoció mejores días (en referencia a la afluencia de gente), y les pregunté a ambas como les había ido durante el tiempo en que no nos habíamos visto.

X contó la siguiente historia: Ella estaba bien (todos los estudiantes están “bien” hasta dos preguntas más tarde), lo único que pasaba era que vivía con un hombre que desde hacía cuatro años no trabajaba, que no buscaba trabajo y que, cuando lo buscaba, la mala suerte y la maldad y/o picaresca de los posibles empleadores hacían que no lo encontrara. Ella se sentía mal, víctima de un papel de madre cuidadora que no le tocaba y que no “merecía”, ya que tenía que mantener económicamente a su pareja, pagar la hipoteca y, encima, tener contenta a su madre, que criticaba abiertamente esta situación. Si mal no recuerdo, era la cuarta pareja con la que mantenía este tipo de relación llamémosle “desigual”. Aunque, según dijo más tarde, podía ser peor, ya que la primera de sus parejas llegó incluso a maltratarla físicamente. “Siempre me pasa lo mismo – fueron sus palabras textuales - , cuando conozco a un

hombre, al cabo de poco tiempo se queda sin trabajo y tengo que mantenerlo”. Una hora más tarde, X, soltaba por su boca “perlas” como ésta: “Vivo fingiendo y haciendo teatro, a cada persona que me rodea le pongo una cara, para que se sienta bien, para que no se enfade, para que no piense que soy mala, etc.” Como podéis ver, “instinto maternal” en estado puro.

Cuando le tocó el turno a Y, contó que la situación en su trabajo se había vuelto insostenible, que llevaba años sintiéndose acosada por su superior, una mujer, que ella había aguantado para ver si la otra cambiaba, si podía invertir la situación, que llevaba todos esos años con depresiones, insomnio, medicación, fuertes dolores físicos, bajas médicas, etc. Y que hacía dos días su superior llegó a agredirla físicamente, por lo que de nuevo se hallaba de baja y había pedido en la empresa que la cambiaran de lugar, por lo que ahora sentía miedo ante el nuevo puesto de trabajo que le tocaría desempeñar, etc. Por supuesto, no era el primer superior que la maltrataba en el trabajo, había habido otros anteriormente, y eso que ella era “buena, muy capaz, trabajadora, etc.”...

Como anécdota diré que, mientras una hablaba, la otra escuchaba y empatizaba completamente con su compañera, diciendo cosas como: “Yo la entiendo perfectamente, porque yo...”, y contaba una “desgracia” mayor. Yo le llamo a esto “síndrome antesala del ambulatorio o centro de salud”, donde la gente se dedica a contar desgracias propias o ajenas, a ver quién la tiene más grande (la desgracia).

Aunque el segundo caso no entre directamente en el apartado de la pareja o “relación sentimental” que nos atañe en esta lección, lo he citado para que los lectores se den cuenta de que el tema de las relaciones es universal y lo que vamos a transmitir a partir de ahora son principios fundamentales que deberemos aplicar en todas las circunstancias en donde intervengan personas, si queremos que las relaciones sean una fuente de felicidad y crecimiento, y no de sufrimiento, angustia y enfermedad. Como dice UCDM, “Todos los problemas tienen la misma solución”.

Ley de la media naranja, pareja feliz, mujer ideal, hombre perfecto, etc.:

No la busques, puesto que no existe. Tú eres tu naranja entera, tu pareja perfecta, tu hombre ideal y la mujer que te hará feliz. No esperes encontrar en el otro/otra una **compleción** que ya tienes, puesto que eres el Hijo de Dios y estás completo. Buscas desde tu inconsciente lavar la culpa que te produce sentirte separado del Padre y sentirte pleno a través del otro y por eso recurres a los programas del sistema de pensamiento del ego, basados en música de violines, finales felices con beso de tornillo, promesas de amor eterno (el Amor Eterno eres Tú) y escenas de plácida vida familiar con desayunos donde cada uno, niños incluidos, exhibe una sonrisa beatífica mientras come con apetito huevos revueltos, cereales con leche y tostadas (que, huelga decirlo, jamás se queman). Eso es irreal incluso dentro del mismo mundo de las formas, o sea “es un sueño dentro de otro sueño”. Un sueño que no es ni siquiera tuyo. Es heredado y está condicionado por toda una programación que está

constantemente presente en los medios de comunicación, así que te recomiendo que estés muy alerta a cómo te posicionas mentalmente cuando ves comedias románticas, anuncios donde se ven parejas aparentemente felices después de comprar este o aquel producto maravilloso o familias unidas en la vivienda de tus sueños (que en realidad es la vivienda que alguien sueña venderte, no lo olvides).

Ley de la idoneidad de l@ compañer@:

El compañero o compañera que tengas aquí y ahora, es el que tienes que tener. Tú lo has escogido desde el inconsciente. Y lo has escogido porque el Universo te lo ha puesto ahí para que lo escojas, forma parte de un Plan Infinito que tu ego no puede comprender, por más que le guste intentarlo y compararlo con el programa del que hablábamos anteriormente, a ver si coincide con los cánones y con lo que esperas de él o de ella. Recuerda que el ego no quiere respuestas, solo continuar preguntando y así arrastrarte a esa espiral de sufrimiento, miedo e inseguridad donde se siente el amo. Así que acepta a la persona con la que estés tal como es y no intentes cambiarla, sino que aplica con él o ella los principios que vienen a continuación.

Ley de la pregunta del millón de dólares.

Deja de preguntarte qué has hecho tú para merecer esto, porque a mí, cómo podré arreglarlo, cuándo cambiará mi situación sentimental, etc. y hazte la pregunta a la que se refiere el enunciado. **¿Para qué he proyectado esto en mi vida?** Que solo tiene una respuesta: Para que te des cuenta de cómo piensas y cambies tu forma de pensar. **“Si no te gusta cómo te va, mira como piensas”** Y, haciendo esto, pasarás del victimismo a la responsabilidad, podrás tomar las riendas, darte cuenta que fuiste tú quien creaste esa situación, y, por la misma regla de tres y por el mismo Poder que Dios te dio como parte indivisible suya, podrás cambiarlo, simplemente cambiando de pensamiento.

Ley de las relaciones recurrentes

Tu libre albedrío puede decidir acortar el tiempo que debe pasar hasta que vivas una relación santa. Hasta que no decidas comenzar a cambiar de pensamiento, no te valdrán las huidas hacia adelante, los cambios de pareja, etc. **Porque no tiene que ver con el otro, sino contigo.** Recuerda: “Cuando hay una situación recurrente en tu vida, es que existe un perdón pendiente”. Un perdón hacia ti mismo, ya que perdonar al otro es considerarlo “malo” y, por ende, tú eres el “bueno”. Manifestación egoica y separadora donde las haya. Y, tal como pienses del otro, es como estás pensando sobre ti mismo. Porque, repito, sois lo Mismo.

Ley del “espejito, espejito...”

Tu compañero o compañera está aquí para sacarte de quicio, para joderte la vida, para abusar de ti, maltratarte, etc. Tienes razón. Pero, desengáñate, no hay una

conspiración universal de parejas pérfidas y maltratadoras urdida contra ti. **Hay una Conspiración Universal para que tú reconozcas como tuyo aquello que ves en el otro.** Puedes participar en esa conspiración haciéndote la pregunta del millón cada vez que algo no te guste de tu pareja, reconocerla en ti y perdonártela. Y entregar ese juicio, una y otra vez, al Espíritu Santo.

Ley de la percepción de la soledad ante el cambio

“Pero pensar así es muy difícil cuando van mal dadas”. Eso estoy hartito de oírlo. Hartito me tienen los estudiantes cuando les cuento todo esto. Pero me perdono y vuelvo a la carga con diversos ejemplos y diferentes palabras. Como hace UCDM a lo largo de más de mil páginas. El ego cree que lo tiene que solucionar todo él, así se sigue sintiendo separado y solitario frente a cualquier circunstancia que identifique como un “problema”. Por eso entregamos el juicio al Espíritu Santo, para dejar que El, que tiene toda la información, pueda juzgarlo y liberarnos de la carga de buscar soluciones que no existen.

Ley de la inexistencia del mundo de las formas

No importa que una pareja dure más o dure menos, no importa lo que tú hagas ni lo que él haga. No importa que lo dejes o te deje, o permanezcáis juntos hasta que la muerte os separe (porque, entre otras cosas, la muerte NO puede separaros). Lo que importa es **cómo vivas mentalmente en tu aquí y ahora esas situaciones irreales.** Si las utilizas para perdonarte y sanar o si las utilizas para juzgar y culpabilizar al otro. Tú no puedes evitar los cambios. El guión ya está escrito y todo lo que pase afuera es lo mejor que te podía pasar. Siempre. **Todo pasa para que tú despiertes.** En tu mano está que lo hagas. Pero no puedes despertar del sueño si no sabes que eres el soñador, y continuas creyéndote tu sueño y participando como personaje en el sueño del otro.

Un dato importante: No confundas el perdón con la santurronería, el sacrificio y el no tomar decisiones en el exterior. Recuerda esta frase: “Perdono a mi violador, lo bendigo por haberme mostrado en qué yo me estaba violando a mí misma, pero decido no seguir durmiendo con él”. Supongo que queda claro el mensaje.

Para el Espíritu Santo, el mundo no es sino el aula de una experiencia donde, en lugar de encontrar culpa, podemos aprender a perdonar y comenzar a despertar del sueño de la separación. **Debemos "estar en el mundo pero no ser del mundo", en el sendero medio, como enseñó el Buda hace 2.500 años.**

Ley de la óptica espiritual

Pues sí, todos deberíamos visitar al óptico espiritual, para graduar la visión que tenemos sobre nuestro hermano (pareja) y poderle ver siempre como lo que realmente es: Un Ser Divino, parte de Nosotros, Hijo de Dios que está ahí para facilitar nuestro despertar. Y cuando no lo veamos así, perdonémonos y entreguemos ese juicio al

Espíritu Santo.

Ley del cambio de propósito

Esta es la más importante de todos los principios que expongo aquí. Para ello, voy a copiar y pegar un fragmento del Curso online Introducción a UCDM (que os recomiendo encarecidamente que realicéis, dejadme que me haga un poco de publicidad, jejeje), que creo que lo explica muy bien:

“Mi función es perdonar, deshacer los obstáculos que me impiden experimentar el Amor presente, y para eso voy a utilizar mis relaciones. Lo que convierte una relación especial en una relación santa, sagrada o plena, es **el cambio de propósito**, donde antes utilizaba las relaciones como un medio para proyectar la culpa inconsciente y así perpetuarla, para llenar una sensación vital de carencia a base de control y manipulación, para exigir que se cumplan mis expectativas, teñidas del miedo al abandono o a la pérdida, etc., ahora las utilizo con un nuevo propósito.

Esas mismas relaciones entregadas a ese nuevo propósito se convierten en el perfecto instrumento para hacer un compromiso con la Inocencia, con la Unidad más allá de los cuerpos ... y el amor hacia mis seres queridos en lugar de serme arrebatado se va a transformar en un Amor auténtico, libre de expectativas, interpretaciones, control y manipulación, un Amor que utiliza la relación para desde ahí extenderse a todo lo percibido, para llevarme al reconocimiento de la Unidad, un reflejo de mi relación real con Dios.”

"He dicho repetidamente que el Espíritu Santo no quiere privarte de tus relaciones especiales, sino transformarlas. Y lo único que esto significa es que Él reinstaurará en ellas la función que Dios les asignó." T-17.IV.2:3-4

Cómo se aplican en la práctica estos principios

Muy sencillo, mediante el perdón y la entrega y la práctica del Instante Santo.

Cuando algo me molesta del otro, pienso: “Esto es mío, me lo perdono y entrego este juicio, que es mío también, al Espíritu Santo.” Si, intelectualmente, no veo en ese momento que sea mío, me digo: “Me lo perdono por si acaso fuera mío, y entrego este juicio, por si fuera mío también, al Espíritu Santo”. Ya está. No se requiere más. Ni menos tampoco.

Cuando siento que debo tomar una decisión referente a mi situación sentimental en el mundo de las formas, o sea “en el exterior” (por ejemplo separarme, no separarme, iniciar una relación, hablar seriamente con mi pareja, etc.) y el ego comienza a bombardearme con interpretaciones, suposiciones, miedos al qué pasará o no pasará, etc., primero voy a mi interior y pido un Instante Santo, o sea un instante libre de juicios. Pido inspiración al Espíritu Santo y tomo la decisión de no tomar decisiones.

Y me libero y espero que la respuesta me sea dada, sabiendo que, cuando ésta llegue, no tendré ninguna duda de lo que hacer al respecto.

El proceso es muy sencillo, pero nadie dice que sea fácil. De la dificultad se encarga nuestro ego. Como dice un Curso de Milagros: *“Este curso no pretende enseñar el significado del amor, pues eso está más allá de lo que se puede enseñar. Pretende, no obstante, despejar los obstáculos que impiden experimentar la presencia del amor, el cual es tu herencia natural.”* Prefacio.

Y el ego se encargará de poner esos obstáculos, que, y esto es una buena noticia, serán las señales para que apliquemos las herramientas antes mencionadas. **No hay que ir a buscar UCDM, el Curso viene a buscarte en cada juicio que haces sobre tu hermano.**

Y una última recomendación antes de pasar a la siguiente lección: Tomad el compromiso de estudiar UCDM. Daos un año o un año y medio de vuestra vida para el cambio. Será mucho más fácil tener relaciones santas, os lo aseguro por experiencia propia. Durante mucho tiempo, fui pasando de flor en flor, y cada vez de mal en peor. Cada relación era peor que la anterior (siempre desde el punto de vista del mundo, ya que nada es bueno ni malo en sí mismo, son juicios del ego), y así hasta que comencé a aplicar el Curso. Y el proceso se invirtió, cada una de las relaciones que venían a mi vida eran más tranquilas, y venían y se marchaban de manera natural, desde el Amor y no desde el miedo y la ira. Y todas y cada una de ellas dejaban mucho crecimiento y mucha sanación en mí. Doy gracias desde aquí a todas ellas.

Y otra cosa: Como el tiempo no existe, y eso lo vas comprendiendo con el estudio de UCDM, incluso las relaciones que fueron tóxicas en su momento, o yo tenía la percepción de que lo fueron, se revelan ahora en mi interior como inspiradoras y reveladoras y solo tengo de ellas un precioso recuerdo. Ese es el poder de UCDM: Darte a su vez el poder (que ya lo tienes) de cambiar tu percepción sobre las personas y las circunstancias, pasadas, presentes y futuras.

Porque, no lo olvides: **Tú no vives con tu pareja, amigos, padres, hijos, etc., sino con la percepción que tienes de ellos.** Si quieres que cambien, cambia tu percepción y ellos cambiarán respecto a ti. Esto lo desarrollaremos en la siguiente lección.

“Un maestro de Dios es todo aquel que decide serlo. Sus atributos consisten únicamente en esto: de alguna manera y en algún lugar ha elegido deliberadamente no ver sus propios intereses como algo aparte de los intereses de los demás. Una vez que ha hecho esto, su camino ha quedado establecido y su dirección es segura. Una luz ha entrado en las tinieblas. Tal vez sea una sola luz, pero con una basta. El maestro de Dios ha hecho un compromiso con Dios aunque todavía no crea en Él. Se ha convertido en un portador de salvación. Se ha convertido en un maestro de Dios.”

LECCION 2

Antes de nada, quiero que leas este fragmento de “*El Camino del perdedor, todo lo que usted necesita saber para fracasar en la vida*”. ¡Y sonrío un poquito!

“...*La segunda relación en orden de importancia, y que va muy ligada a la autoestima, es la relación que tenemos con nuestros padres y madres. Ya hemos visto que nuestros padres nos dieron a la mayoría una educación restrictiva, boicoteadora, castrante. Sí, sí, ya sé que eran otros tiempos, que hicieron lo que pudieron, que no tenían educación ni cultura, que bastante hacían con traer comida a casa en aquella época oscura, etc...*

¡Cuidado! Está usted a punto de caer en las garras de otro elevado sentimiento, peligrosísimo donde los haya: La compasión y su hijastro el perdón (hijo bastardo del error y la rectificación). Nada de eso: ¡Aproveche esa enorme carga de rencor que hay en usted contra sus mayores y no se le ocurra perdonarles jamás! El poder curativo del perdón es tan grande que, cuando se sana y se libera un peso como las relaciones con mamá y papá, uno se encuentra tan ligero que acostumbra a volar hacia el éxito y la felicidad de manera inexorable.

Actúe usted como hacen la mayoría de los mediocres: Haga pagar a sus mayores las faltas cometidas, atórmételes la existencia cuando sean vejetes, expolie su patrimonio y su pensión (mejor en este orden), déjeles morir en la indigencia, o en un asilo, solos y abandonados. O mejor, en un edificio de esos de renta antigua, con humedad, frío, goteras, mobbing inmobiliario, batas raídas de guatíné, pantuflas agujereadas y mucha nostalgia de sus seres queridos que jamás les visitan como no sea para pedir lo poco que hay.

Y hágalo con un buen motivo, como hacen la mayoría de los perdedores: Su ombligo y sus puñeteras necesidades. Y relájese, el Universo le devolverá toda la desgracia que se ha ganado a pulso. ¿Ve esa rata asquerosa que acaba de pisar el camión? Pues en otra vida fue un cabrón como usted...

Sí, ya sé, no es fácil. Es duro, más bien. Pero no podrá decir que no le avisé.

NOTA: Y si usted es de una generación más tardía y tuvo la “suerte” de que le tocaran unas madres y padres hippies que le mimaron, consintieron, le tuvieron viviendo en comunas, fumaban marihuana delante de usted, practicaban el amor libre, la meditación trascendental, el nudismo, el budismo y demás “ismos”, y ahora no tienen dónde caerse muertos, los pobres..., oiga, póngalos a trabajar en su casa a cambio de un plato de comida (a ser posible vegetariana higienista estricta), y no pierda ninguna ocasión de reprocharles su inconsciencia y sus locuras de juventud. De todas maneras, aunque no cumpliera esta última recomendación, sus padres se lo reprocharán igualmente a sí mismos, sólo de ver el pedazo de bestia en el que se ha convertido.

¿Cómo que quién? ¡Pues usted!...”

Bueno, no se escandalicen. Es humor, y nada más que eso. Y si se escandalizan, es que están viendo parte de su sombra reflejándose y culpabilizándome. Perdónense y entreguen ese juicio al Espíritu Santo. Ya nos entenderemos yo y El, jejeje. Y si les hace gracia y caen en la tentación de admirarme por lo buen escritor que soy, lo gracioso, etc. (o por lo que sea, no importa), recuerden: **Lo que están viendo es suyo. Es su percepción. Toda luz que vean en su hermano, es la suya propia, es un reflejo de su propia santidad.**

Es algo con lo que me enfrento constantemente cuando intento transmitir el Curso. Comentarios como “Es que lo explicas tan bien...” que a menudo esconden el sentimiento de carencia y comparación, que podríamos describir como “Tú sí que puedes pero yo no”... ¡Falso! ¡Lo que te gusta de mí es tuyo! Repito: Es el reflejo de tu propia santidad.

“Tal vez hoy, tal vez mañana, veas tu propia transfiguración en el espejo que esta santa media hora te presenta para que te mires en él. Cuando estés listo, la encontrarás allí, en tu mente, en espera de ser hallada. Recordarás entonces el pensamiento al que dedicaste esta media hora, y lleno de agradecimiento te darás cuenta de que jamás habrías podido invertir mejor el tiempo.

Tal vez hoy, tal vez mañana, mires en ese espejo y comprendas que la inmaculada luz que ves emana de ti; que la hermosura que en él contemplas es la tuya propia. Considera esta media hora como el regalo que le haces a Dios, con la certeza de que lo que Él te dará a cambio será una sensación de amor que sobrepasa tu entendimiento; una dicha tan profunda que excede tu comprensión y una visión tan santa que los ojos del cuerpo no la pueden ver. Sin embargo, puedes estar seguro de que algún día, tal vez hoy, tal vez mañana, entenderás, comprenderás y verás.”(L-124)

Aclarado esto, vamos a por la lección:

Muchas corrientes de pensamiento, encabezadas por el psicoanálisis y seguidas por otras muchas, consideran a los padres como causa, o por lo menos, la vía principal, por donde los programas de pensamiento del ego llegan hasta la mente inconsciente, quedándose a vivir allí hasta que pueden ser detectados (o no), comprendidos, analizados, etc. Muchas veces mediante largos procesos que duran toda la vida terrenal del cuerpo, llegando a formar parte, como no, del sistema de pensamiento del ego, con el cual éste está fuertemente entretenido. Una visita semanal o quincenal al analista para seguir ahondando en lo que se cree que son las causas de la infelicidad puede constituir, y de hecho lo hace a menudo, en parte importante de **ese deseo de ser especial** tan importante para la supervivencia del ego. Y al mismo tiempo lo mantiene sujeto a su ocupación favorita: Buscar preguntas y no respuestas. Se me

ocurre que la típica imagen del psicoanalista en silencio mientras deja que su paciente elucubre y se haga preguntas sobre el origen de sus males y su posible solución, sería una magnífica imagen gráfica que nos podría ayudar en la comprensión de ese pasatiempo del ego: **Buscar causas en aquello que solo son efectos.** Como dice UCDM:

“Sin causa no puede haber efectos, mas sin efectos no puede haber causa. Lo que hace que una causa sea causa son sus efectos; el Padre es Padre por razón de Su Hijo. Los efectos no crean su causa, pero si establecen su condición de causa. De este modo, el Hijo otorga Paternidad a su Creador y recibe el regalo que le ha dado. Y puesto que es el Hijo de Dios, tiene que ser a su vez un padre, que crea tal como su Padre lo creó a él. El círculo de creación no tiene fin. Su punto de partida y su punto final son el mismo, pero dentro de sí encierra a todo el universo de la creación, sin principio ni fin.

La paternidad es creación. El amor tiene que extenderse. La pureza no está limitada en modo alguno. La naturaleza del inocente es ser eternamente libre, sin barreras ni limitaciones. La pureza, por lo tanto, no es algo propio del cuerpo. Ni tampoco puede hallarse allí donde hay limitaciones. El cuerpo puede curar gracias a los efectos de la pureza, los cuales son tan ilimitados como ella misma. No obstante, toda curación tiene lugar cuando se reconoce que la mente no está dentro del cuerpo, que su inocencia es algo completamente aparte de él y que está allí donde reside la curación. ¿Dónde se encuentra, entonces, la curación? Únicamente allí donde a su causa se le confieren sus efectos. Pues la enfermedad es un intento descabellado de adjudicar efectos a lo que carece de causa y de hacer de ello una causa.

No niego el valor de todas las disciplinas que el hombre ha inventado para poder “descubrir las causas” y cambiar los efectos que éstas tienen sobre el estado mental del individuo. Pero todas fallan en lo mismo: En realidad solo cambian unos efectos a priori muy perjudiciales por otros que no lo son tanto. Y, por tanto, se sigue conviviendo con la causa, aletargada, pero presente como una bomba de relojería lista para estallar cada vez que encuentra un estímulo emocional que dispara la espoleta. Algo que ilustra maravillosamente Eckhart Tolle en *El Poder del Ahora* cuando habla del **cuerpo-dolor**:

“Toda emoción negativa que no enfrentemos y reconozcamos deja tras de sí un rastro de dolor...crea una impronta emocional/energética de dolor que queda almacenada en alguna parte del cuerpo físico/mental.

Todos los vestigios de dolor que dejan las emociones negativas fuertes y que no se enfrentan y aceptan para luego dejarse atrás, terminan uniéndose para formar un campo de energía residente en las células mismas del cuerpo. Está constituido no solamente por todo el sufrimiento desde la infancia hasta la vida adulta... Este campo de energía hecho de emociones viejas pero que continúan muy vivas en la mayoría de las personas, es el cuerpo del dolor.

El cuerpo del dolor no es solamente individual. También almacena el sufrimiento

experimentado por un sinnúmero de seres humanos a lo largo de una historia de guerras tribales, esclavitud, violaciones, torturas, etc. Ese sufrimiento permanece vivo en la psique colectiva de la humanidad y se acrecienta día tras día como podemos comprobarlo viendo los noticiarios u observando el drama de las relaciones humanas.”

Y, claro está, padres y madres, calificados como “castradores”, “sobreprotectores”, “ausentes”, “maltratadores”, “torturadores” y un largo etcétera de etiquetas, son a menudo nuestros “culpables favoritos”, a los que les otorgamos interior y exteriormente el papel de villanos en nuestra percepción del sueño. Del despertar del cual nos alejamos cada vez más cuando el cuerpo-dolor reacciona una y otra vez a los pensamientos que refuerzan este guión. *“No puedes despertar del sueño si crees que no eres el soñador.”*

Si a esto le sumamos esa parte, tan bien guardada en nuestra sombra, del programa que tiene que ver con que “debemos honrar a nuestros mayores”, “cuidarles”, “amarles y respetarles”, etc., ya tenemos **la máquina de generar y acumular culpa** perpetuamente en marcha.

Y no solo eso: La lucha interna entre la proyección de la culpabilidad en ellos y el deseo de cumplir con las expectativas del programa del buen hijo o hija, mezclado con la cotidianidad, la convivencia y, por tanto, con la frecuencia de que esas emociones y esas espirales de pensamiento negativo se disparan, retroalimentándose constantemente, como busca siempre el sistema de pensamiento del ego, hacen que desemboquemos en enfermedades calificadas por la medicina como “crónicas” (puesto que crónico es el pensamiento tóxico que se solidifica en nuestra mente), “incurables” y “terminales” (pese a que no terminan nunca, puesto que la muerte no existe). Los trabajos de Hamer, Enric Corbera, Sellam y otros muchos nos lo demuestran constantemente, y hay un montón de información disponible en Internet sobre descodificación biológica, bioneuroemoción, bioemoción, etc.

Y, expuestos los conceptos generales, voy a pasar a un ejemplo práctico y perteneciente a mi vida personal que espero les ayude en la suya. Voy a trabajar con este ejemplo también en la siguiente lección, dedicada a nuestras relaciones con los hijos.

Durante muchos años mi padre fue mi “enemigo íntimo”. Él quería que su hijo Javier (yo), fuera un hombre de provecho, que estudiara la carrera universitaria que él no pudo hacer, y por eso **trabajaba y se sacrificaba muchísimo**, viajando a menudo y por lo tanto, estando **ausente** en el día a día de la vida familiar. Mi madre, a quien tocó en mi película el papel de “buena” y “blanda”, regentaba una peluquería, trabajando a su vez más horas que un reloj. A los siete años, siguiendo los consejos de sus amigos ricos e influyentes, mi padre me envió a un colegio de élite, perteneciente al Opus Dei, donde, según los test de inteligencia de la época, le dijeron que su hijo Javier “estaba capacitado para hacer dos carreras universitarias a la vez, que lo

dejaran en sus manos, que ellos se encargarían de todo”. Declaraciones textuales, por lo que me han contado.

Pero el guión del sueño familiar, como siempre pasa, no cumplió en absoluto las expectativas de los egos implicados (que siempre quieren que todo sea como ellos lo desean, y se rebelan, sufren, atacan y se defienden ante cualquier cambio en el guión previsto. O sea, siempre.): El niño se reveló con una personalidad rebelde y totalmente reacia al patrón de vida y comportamiento que le exigían. Por lo que, un día sí y otro también, recibía castigos verbales, como sermones interminables donde imperaba el “con lo que tu madre y yo nos sacrificamos, mira como nos pagas”. “Eres malo, muy malo”, etc. Hasta terminar con la frase lapidaria en labios de mi padre, en un momento de desesperación e impotencia (que precipitó más tarde el comienzo de la terapia, a los 36 años): “Solo te deseo una cosa, hijo mío... (Pausa dramática)... Que tengas algún día un hijo como tú... (Esta predicción estuvo a punto de cumplirse, pero no fue así gracias a UCDM, de eso hablaré en la siguiente lección).

Y también los castigos físicos estuvieron a la orden del día: Por parte de mi padre, golpes, palizas, etc., por parte de los profesores, de rezo fácil y mano larga (a Dios rogando y con el mazo dando) y por parte de todo aquel en quien yo proyectara mis culpas: Los niños de la calle, los niños mayores del colegio (yo era un niño obeso y repelente, blanco fácil para los niños mayores y potencialmente muy violento con los de mi edad y/o más pequeños). Y así pasé mi infancia. O por lo menos, esa fue la percepción que yo tenía hasta que llegó UCDM a mi vida.

Pero vayamos por partes, no adelantemos acontecimientos todavía: A los catorce años tiraron la toalla y me echaron del colegio por mal comportamiento. Tampoco era para tanto: Tan solo quemé la cuarta parte de un bosque que daba a la piscina, me escapaba por las tardes del colegio (cosa impensable e imposible que pasara desapercibida), formé una agrupación de gamberros con carnet plastificado y todo, donde los miembros tenían la obligación de hacer una gamberrada al día por lo menos, etc. El relato sería interminable.

A los quince años cambié de escuela, y fui a parar a un colegio mixto (Mmmmm, allí descubrí la heterosexualidad y los misterios femeninos, ciencia que aún hoy sigo investigando, con resultados desiguales) y, menos estudiar, hice de todo, como por ejemplo patearme Barcelona capital de cabo a rabo. Lo cual, para un humilde chico de pueblo como era yo, fue una aventura apasionante.

A los dieciséis, mi padre me puso a trabajar en dos lugares sucesivos “por enchufe”, para que yo aprendiera la lección “de lo dura que es la vida, lo que cuesta ganarse el pan, etc”. De los dos lugares me echaron a la calle en un máximo de tres meses. Por orgullo, conseguí un trabajo en una panadería. Yo solito. Cuando me peleé con el dueño, un año más tarde, volví a estudiar, con buenos resultados. Pero entonces me pilló el toro de la época hippie-punk (que en España llegó muy tarde, pero hicimos lo que pudimos), con las juergas, las drogas, el sexo y el rock n'roll. Que no falte el

rock n'roll. Entonces me fuí de casa y viví en una pensión con otros chicos con situaciones calcadas a la mía, etc.

El servicio militar me salvó de la muerte por sobredosis, y cuando volví a casa de mis padres, volvimos al mismo rol de siempre. Al cabo de seis meses mi padre me echó de casa, etc., etc.

Y así fui dando tumbos, montando negocios que muy pronto arruinaba y con una vida personal y sentimental difícil de calificar: Mi primer y único matrimonio duró exactamente nueve meses, desde que nos conocimos, nos casamos y nos separamos. A intervalos de tres meses. Como un embarazo.

Hasta que a los treinta y seis años, tuve que elegir entre suicidarme o ir a terapia. Afortunadamente escogí la segunda opción, y, desde el primer momento en que me senté frente a aquella buena mujer que tanto me ayudaría, una sombra estuvo presente en todas nuestras entrevistas: **Mi padre y su supuesta influencia en mi vida. Él era el culpable.**

Durante casi catorce años acudí a consulta y me traté con todas las técnicas imaginables. En muchas de ellas después me gradué con honores. Accedí al supermercado espiritual y a la *titulitis* terapéutica por esa puerta que se abrió en su día, un 3 de diciembre de 1996. Desde aquí puedo ver la carpeta polvorienta que contiene mis diplomas y certificados, que nunca nadie me ha pedido, todo sea dicho en honor de la verdad.

Como anécdota contaré que un día asistí a una sesión de constelaciones familiares (una más) en donde yo tenía la intención de “escarbar” en la relación con mi madre. “A ver qué salía por allí y si se podía mejorar algo” (cuando eres un adicto al crecimiento personal, pasan estas cosas, jejeje) Al cabo de diez minutos, el terapeuta me dijo que no perdiera el tiempo: Mi padre aparecía por todos lados.

Con todos estos tratamientos yo lograba adormecer cada vez más el cuerpo-dolor, pero nunca del todo. Los enfrentamientos con mi padre se fueron distanciando en el tiempo, en la medida que nuestro distanciamiento y **separación** física aumentaba. Pero seguía estando latente el conflicto. ¡Cuántas veces mi ego se enganchaba en mi interior en pensamientos contra mi padre, entrando en estados de ira, pensamientos de ataque contra él y contra mí mismo (puesto que somos Lo Mismo, no lo olvidemos) que duraban horas y días, con los consiguientes efectos físicos, en forma de dolencias estomacales, afecciones del hígado, de la vista, etc.

Hasta que decidí, después de varios intentos frustrados, empezar y terminar Un Curso de Milagros. Y ver todo aquello que achacaba a mi padre como mi propia percepción, como mi propia sombra, como mi propia culpa. Y perdonarme y entregar, una y otra vez. Perdonar y confiar, perdonar y confiar. No hay más, ni menos. *Solo la paciencia infinita produce resultados inmediatos.* Y dejar de utilizar la **magia**, que solo cambia

los efectos, para cambiar la causa. O por lo menos, mi percepción de los efectos, que por ahí empezamos los estudiantes de UCDDM. Mi padre fue una poderosa puerta, bendita puerta, que se me abrió a este cambio de conciencia en el que estoy inmerso.

“Evitar la magia es evitar la tentación. Pues toda tentación no es más que el intento de substituir la Voluntad de Dios por otra. Estos intentos pueden parecer ciertamente aterradores, pero son simplemente patéticos. No pueden tener efectos, ya sean buenos o malos, sanadores o destructivos, tranquilizadores o aterradores, gratificantes o que exijan sacrificio. Cuando el maestro de Dios reconozca que la magia simplemente no es nada, habrá alcanzado el estado más avanzado. Todas las lecciones intermedias no hacen sino conducirlo a ese estado y facilitar el que este objetivo esté más cerca de reconocerse. Pues cualquier tipo de magia - sea cual sea su forma - es simplemente impotente. Su impotencia explica por qué es tan fácil escaparse de ella. Es imposible que lo que no tiene efectos pueda aterrorizar.”

Y por supuesto que tengo el derecho de tomar aspirinas, hacerme masajes, sesiones de reiki o lo que sea para paliar la sintomatología del cuerpo, como una ayuda más para enfocarme en la verdadera curación: El perdón. Jamás diré lo contrario.

El que perdona, se cura.

Y, finalmente, los resultados de todo este proceso son los siguientes:

- a) Paz interna con respecto a mi padre.
- b) Sentimientos de amor y ternura hacia él como jamás había sentido.
- c) Al menor atisbo de ira interna, el perdón se dispara automáticamente. Ese es el trabajo del Curso. Es incluso divertido.
- d) Poder ver todo esto con humor y desapego. Desde el Observador. Incluso me ha ayudado en el pasado a ganarme la vida haciendo monólogos humorísticos sobre estos temas.
- e) ¡¡¡Mi padre ha cambiado!!! Totalmente. ¿A alguien le extraña?
- f) Ha sido un entrenamiento poderosísimo que después he aplicado a mi ex-mujer, a mis compañeros de piso, a mi novia actual, a mi hijo pre-adolescente, y a algún *enemigo* que andaba suelto en mi interior, que ya ha dejado de serlo.
- g) Mis recuerdos han cambiado, de amargos a felices. Ese es otro poder del Curso, como el tiempo no existe, el cambio de percepción lo abarca todo, inclusive el pasado.

Y así, he logrado que las personas que me rodean, esas partes del Todo que el Espíritu Santo ha querido ponerme cerca y que yo catalogué en su momento como “especiales” y con la obligación de “hacerme sentir especial” (ser amado, respetado, educado, obedecido, etc.) han sido liberadas y redimidas de esa obligación y se han convertido en señales donde el perdón aflora cada vez con menor frecuencia, pues cada vez es menos necesario aplicarlo, y ahora se alzan como fuentes de Amor y de Paz, con los y las cuales es fácil y agradable convivir y relacionarse.

¿Vale la pena o no vale la pena tomar el compromiso de realizar el Curso?

LECCION 3

Una historia clara y directa acerca de lo fácil que es arruinar nuestras propias vidas:

— *¿Es aquí la fila para los sacrificios?*

— *Sí, aquí es. Tú vas después de mí, yo soy el número 852 y tú el 853*

— *Válgame Dios, ¿entonces cuándo llegará nuestro turno?*

— *No te preocupes, aquí es rápido. ¿Con tal de qué vas a ofrecer sacrificio?*

— *Yo, con tal de conservar el amor ¿y tú?*

— *Yo a favor de mis hijos. Ellos son todo para mí.*

— *¿Y qué has traído para sacrificar?*

— *Bueno, he traído mi vida personal. Todo con tal de que los niños estén felices y sanos. Todo lo hago por ellos. Hace algún tiempo un buen hombre me pidió matrimonio pero no me casé. ¿Cómo les voy a traer un padrastro a casa? También dejé el trabajo que me gustaba porque no era cerca de casa. Ahora trabajo como niñera en un jardín de infantes para poder vigilar, cuidar y alimentar a mis hijos. ¡Todo sea por los niños! Yo no necesito nada.*

— *Sí que te entiendo. Yo quiero sacrificar mi relación de pareja. ¿Sabes? hace tiempo que todo se acabó con mi esposo, él incluso tiene a otra mujer, y bueno, yo también encontré a otro hombre, como parece, pero.... ¡Si mi marido se fuera de casa primero! ¡Pero él no se va con ella! Lloro y me dice que está acostumbrado a vivir conmigo, y a mí me da lástima. ¡Es que llora y no puedo! Y así vivimos.*

Se abre la puerta y se oye una voz que dice “Número 852, pase por favor”

— *Bueno, es mi turno, ¡estoy tan nerviosa! ¿y si no reciben mi sacrificio?*

La número 853 se encoge y espera su turno.

El tiempo pasa lentamente y la número 852 al fin sale de la oficina

— *Bueno, ¿y cómo te fue? ¿Qué te dijeron? ¿Aceptaron tu sacrificio?*

— *No... Resulta que hay un tiempo de prueba, me enviaron a casa a pensarlo mejor.*

— *¿De verdad? ¿Por qué? ¿Por qué no de una vez?*

— *Pues, me preguntaron: “¿Se lo ha pensado bien? ¡Recuerde que es para siempre!”*

Y yo les respondí “Si, no pasa nada, los niños crecerán y valorarán lo que su madre ha sacrificado por ellos”. Y en ese momento me dijeron: “Siéntese y mire a la pantalla” Y lo que mostraron fue una locura, era acerca de mi vida: era como si mis niños ya hubiesen crecido. Mi hija se había casado muy lejos de aquí, y mi hijo me llamaba sólo una vez al mes como obligado, su novia hablaba de fondo y yo le decía “¿Pero qué te pasa hijito? ¿Por qué eres así conmigo? ¿Qué te he hecho?” y él me respondió “No te metas en nuestra vida mamá, por favor, ¿Es que no tienes nada que hacer?” ¿Y qué más iba yo a hacer?, además de cuidar a mis hijos nunca hice nada más. Pues cómo te parece que mis hijos no valoraron mi sacrificio. ¿Será que me esforcé en vano?...

Desde la oficina se escucha otra vez la voz que dice “Siguiente, número 853, pase por favor”...

“Cuesta más eliminar un prejuicio que desintegrar un átomo” A. Einstein.

Para entrar en materia, antes que nada, me remito a la lección séptima del curso on-line Introducción a UCDM:

“Los falsos ídolos.

Son todos aquellos a los que nosotros conferimos el poder de hacernos felices, todo aquello perteneciente al mundo irreal y de las formas que permitimos que condicionen nuestro estado de ánimo. Un sobresaliente en las notas de mi hijo puede darme una cierta satisfacción, pero si la ausencia de ese sobresaliente me arruina el día, eso es un falso ídolo. Si mi novio me regala una rosa, bien, pero si no lo hace y eso me hace infeliz, eso también es un falso ídolo. Si todas mis expectativas de felicidad están puestas en tener pareja, ganar dinero, poseer un coche mejor y que mi equipo favorito gane la Liga, mi sufrimiento está garantizado, puesto que estoy supeditando mi felicidad a sucesos y personas sobre las que no tengo ningún control.

Pero no olvidemos que al ego le encanta intentar controlar aquello que no puede ser controlado. Eso le da poder para seguir juzgando, rebelándose, enfadándose, defendiéndose y atacando. El ego no quiere que nada cambie, y ante los cambios constantes del mundo de las formas, siempre tiene algo que decir, algo que le permita tener razón y no ser feliz, algo que posibilite que siga juzgando, separando así a los que son juzgados. “Yo soy bueno y tú no, porque esperaba esto o aquello de ti y no lo has cumplido”.

Todas estas relaciones sobre las que tejemos esas expectativas, UCDM las llama relaciones especiales. Y a través de ellas, o mejor dicho, a través de lo que esperamos de ellas, vamos proyectando nuestros miedos, nuestra culpa y nuestra separación, construyendo una falsa imagen de nosotros mismos a través de lo que hacen o no hacen por nosotros los demás.

Si yo no me quiero a mí mismo, proyectaré que mi pareja no me quiere lo suficiente, y mi pareja se encargará de recordarme con sus actos una y otra vez aquello que pienso de mí. Si mi mayor terror es que mi hijo repita curso, y proyecto ese terror juzgándole constantemente y no dejándole en paz, lo más probable es que eso ocurra. Y aunque no ocurra, para mí habrá ocurrido una y otra vez. Puesto que cada vez que elijo el sistema de pensamiento del ego y me pongo a juzgar y a interpretar el hipotético futuro de mi hijo, estoy viviendo y reviviendo una situación que, aunque falsa incluso desde el punto de vista del pensamiento dual, yo la vivo como real y la sufro cada vez que pienso en ella.

Les pondré un ejemplo: Cuando yo era pequeño, a menudo sisaba dinero de la caja de la peluquería que regentaba mi madre y me lo gastaba en caprichos infantiles. Mi padre se lo tomaba muy mal, me amenazaba siempre con que iría a parar a la cárcel, que cuando creciera sería un desgraciado, un facineroso, etc. Sufría terriblemente, el

hombre.

Nada más lejos de la realidad: A mis cincuenta y cuatro años, los únicos antecedentes que tengo son haber pasado algunos días en el calabozo del cuartel, cuando hacía el servicio militar, acusado de francachelas varias y de salir sin permiso del recinto. Incluso tengo todos los puntos del carnet de conducir. Un modelo a seguir, vamos.

O sea que todo su sufrimiento y sus intentos inconscientes de manipularme (“Después de lo que hacemos por ti, mira como nos pagas, etc.”), no nos sirvió para nada a ninguno de los dos. Para nada bueno, claro. A mí particularmente me sirvió para intentar repetir los esquemas más tarde con mi hijo. Hasta que, gracias a *Un Curso de Milagros*, me di cuenta de que podía revertir la situación, darle la vuelta a la tortilla y usar esos viejos esquemas y juicios repetitivos sobre mi hijo para sanarme yo y liberarlo a él de las imposiciones y proyecciones egoicas de su padre (yo) y del mío.”

Cuando hablamos de las relaciones con nuestras hijas e hijos - me pasa muy frecuentemente en los grupos de estudio UCDM - hay ciertos temas que parecen tabú, que tocan principios tan fuertemente arraigados en el sistema de pensamiento del ego, los cuales están sostenidos en prejuicios de fuerte arraigo social, cultural e incluso ético. Estos principios y prejuicios son los que a menudo usamos como pilares para *no dejar de ser guardianes de nuestro sistema de pensamiento*. A menudo tengo la impresión de que mis estudiantes “hacen un paréntesis” en lo que respecta a sus hijos e hijas respectivos y están tan mediatizados y dominados por ciertos esquemas de pensamiento tan profundos que les impiden aplicar los principios y el trabajo de UCDM a esta parte tan importante y cotidiana de la vida en el mundo de las formas.

Voy a desgranar aquí algunos de los más comunes y su visión alternativa desde la óptica de UCDM:

Tengo que sacrificarme por mis hijos.

Falso. Dios no entiende las palabras sacrificio y sufrimiento. Sufrir da lugar al resentimiento, y eso no es lo que quieres para tus hijos. Durante años tuve la sensación de que por culpa de mis hijos yo no podía viajar, ser más libre, que mi carrera profesional no podía desarrollarse a nivel internacional, etc. Hasta que me di cuenta, gracias a UCDM, que esas eran mis culpas, mi falta de coherencia de lo que pensaba con lo que hacía. Entonces comencé a perdonarme por ello y a entregar esos juicios al Espíritu Santo. Hoy en día, después de recibir la inspiración de los diversos Instantes Santos pedidos en su momento, puedo viajar cada vez que lo deseo, mi carrera internacional se ha disparado, sentado en casa frente al ordenador (de hecho, en este mismo instante estoy escribiendo para gente de todo el mundo), y todo ello lo combino con un régimen de visitas mucho más amplio que la mayoría de los padres separados que conozco. ¿El secreto? Me dejo ayudar, me permito recibir, ya que si no lo hago empobrezco a mis hermanos. Es la segunda parte de “dar es lo mismo que

recibir”, y no la menos importante. Sin culpa y sin juicios. Los abuelos, mi ex mujer y su novio (un segundo padre para mis hijos, que ha aportado incluso dos abuelos más al clan), los amigos con hijos de su misma edad, o diferente, tíos, primos, etc. Todos colaboran y ponen su granito de arena, lo mismo que hago yo. Los niños reciben amor por todos lados y yo me perdono cualquier pensamiento culpable que pueda venir. Aunque la verdad es que ya casi no vienen.

Mis hijos tienen que tener todo aquello que yo no pude tener.

Falso. Mis hijos tendrán lo que tengan que tener, ya que el guión ya está escrito. *“Todas las cosas ocurren conjuntamente para el bien, salvo a juicio del ego”*. Y todo aquello que crees que no pudiste tener o que se te negó, es parte del victimismo que debes sanar mediante el perdón. No hay más. ¿Te has parado a pensar que, si en lugar de ser albañil, hubieses estudiado una carrera universitaria, quizá hubieras tenido una compañera diferente, o no te hubieses casado, o hubieses ingresado en el seminario, haciendo voto de castidad, por lo tanto no tendrías estos hijos que ahora tienes? Todo está relacionado, aunque no podamos entenderlo desde nuestro sistema de pensamiento. Todas las partes forman parte de un Todo. Entenderlo es tu única función aquí. Y para eso, la relación con tus hijos es otra vía más que te ayudará si logras desembarazarte de las telarañas del programa del ego. Mediante el perdón.

Tengo que dar ejemplo.

Falso. No “tienes” que hacerlo, ni “debes” hacerlo. Quítate ese corsé basado en lo crees que está bien y lo que está mal. Simplemente aplicando el perdón hacia ti mismo cuando algo te rechine de la relación con tus hijos (que es tuyo, no lo olvides), ese será el mejor ejemplo que puedas dar. Y no esperes que ellos recojan el testigo a tiempo y te demuestren que han aprendido la lección. El tiempo no existe, recuerda. Y grábate esta frase, sobre todo si eres propenso a los sermones:

“Aquello que haces habla tan fuerte que lo que dices no se escucha.”

Debo controlarlos para que no se desmadren.

Falso. Estas proyectando tu propio miedo, tu miedo al futuro. Y probablemente también tu propia falta de “desmadre”, de liberación, de hacer aquello que quieres hacer realmente y a lo que no te atreves. ¿Qué es la infancia sino una sucesión de “desmadres” y “enmadres” donde los niños aprenden a relacionarse con el mundo de las formas? Si te crees ese mundo a través de ellos y no aprovechas esa sabiduría que te están mostrando sobre tus propias debilidades para aplicar el perdón y darle coherencia a tu vida, estás perpetuando esos miedos de generación en generación. Y, como no, lo único que haces es traspasárselos. Como probablemente tus padres hicieron contigo. “Es que se pelean constantemente”. ¿Y por qué lo percibes con

desagrado? Yo te lo diré: Porque te están reflejando la violencia interna que tú ejerces contra ti mismo. Y la pregunta del millón: ¿Y para qué estoy proyectando esta situación? Para que te perdones, elimines los juicios y tomes las decisiones pertinentes, con la ayuda del Espíritu Santo, que te permitan vivir una vida más libre, en definitiva, **un sueño feliz.**

Deben ser de una manera y no de otra.

Falso. E inútil, puesto que serán como tengan que ser y no puedes hacer nada para remediarlo. Pero el ego, que reina en el tiempo lineal, te hará creer que puedes cambiarlos. Que esa es tu obligación, tu responsabilidad, tu función en la vida, etc. Y pasarás un vía crucis con cada uno de ellos si no entiendes el principio del “cambio de propósito” en las relaciones con los hijos. La mejor manera de contribuir a la sanación de tus hijos es verlos como lo que realmente son: Seres divinos viviendo en un cuerpo, que biológicamente te ha tocado cuidar y alimentar durante cierto tiempo. Pero entre lo biológico y lo mental se abre un campo de límites difusos, una tierra de nadie donde debes estar alerta con tu herramienta del perdón preparada para emplearla al mínimo juicio que hagas sobre el carácter y el comportamiento de tus hijos. Ese debería ser tu propósito, y no otro.

Debo salvarlos y protegerlos de todos los peligros.

Falso. Y egoico, puesto que no hay nada más egoico y separador que intentar salvar al otro. “Como yo soy bueno te salvo, por tanto tú eres malo”. Proteger a tus hijos de su propio Camino y de los obstáculos que van a encontrarse (aparte de que es imposible), es empobrecerlos e ir contra las leyes naturales del Universo, que son tan sabias que le envían, a cada persona y en cada momento y lugar justo para ello, las pruebas a las que debe enfrentarse. Supongo que hay pocas imágenes que simbolicen el amor materno, fraternal y familiar como una familia de leones retozando y lamiéndose unos a otros. Pues bien, una leona protege a sus hijos de los posibles depredadores, pero no se echa a llorar ni sufre porque un día no haya comida, ni se pone delante de su hijo cuando sus hermanos le atacan, jugando, aunque puedan de vez en cuando hacerle daño. Y, cuando llega el momento, los dejan marchar, aún a sabiendas de que afuera hay un mundo peligroso que puede lastimarles e incluso causarles la muerte. Y no les dicen: “Llámame cuando llegues, ya que mamá estará sufriendo si no lo haces” (“Serás malo si no lo haces, con lo que mamá te quiere y tu viviendo tu vida sin pensar en mí”). Si esto te rechina, vuelve a leer el párrafo anterior, donde habla de los límites entre lo biológico y lo mental.

Quiero sentirme orgulloso de ellos.

Muy bien. Ya puedes estarlo. A través de ti, biológicamente hablando, han nacido nuevos Hijos e Hijas de Dios que comienzan su andadura en el proceso de deshacimiento del ego y de re-conocimiento de su verdadera Identidad. Todo lo demás que creas que ocurre en el mundo de las formas es falso, irreal, fruto de tu propia

percepción. No tiene nada que ver con tus hijos. Pero es necesario para tu propia salvación y la de ellos. Pero en este orden: primero tú y, luego, a través de ti, sanarán ellos. Pues sois lo mismo, caras distintas de un mismo Ser dentro del sueño. **De tu sueño.** Pero no puedes despertar si no sabes que eres el soñador. Si quieres sentirte orgulloso de tus hijos dentro del sistema de pensamiento del ego, relee el apartado “Deben ser de esta manera y no de otra”.

Mis hijos hacen lo posible por hacerme la vida imposible.

Verdadero. Pero no lo hacen conscientemente. El Espíritu Santo usará esas circunstancias y actitudes “imposibles” para que tú despiertes, para que te perdones, para que te acerques poco a poco, mediante el cambio de percepción, al conocimiento final. Hasta que aprendas que no hay brecha, ni fisura, entre tus hijos y tú, que no son seres separados de ti, sino que pertenecéis a Dios, y a El estáis unidos. Y que no son más tontos, ni están indefensos mentalmente, sino que cumplen su función en tu sueño. Sus personajes en el guión tienen la misión de sacarte de tus casillas hasta que llegue un momento en que vuelvas “a tu Casilla”, a tu Casa, a tu Ser vivenciado. Al conocimiento. Entonces no habrá padres e hijos. Solo Amor. Unión. Paz.

Me siento culpable por no ser un buen padre y/o madre.

Cierto. Y nunca lo serás desde el sistema de pensamiento del ego, que buscará mil artimañas para hacerte sentir esa culpa y continuar proyectándola en el tiempo. Recuerda: Cada vez que te perdones y reconozcas algo que solo era un simple error de información en tu guión de padre o madre, el ego estará allí para convencerte de lo “malo” que has sido hasta ahora, de los “traumas” ocasionados hasta ahora a tus hijos, para así seguir perpetuando la culpa. Desengáñate: Era lo que tenía que pasar. El Universo te utilizó y te puso en el Camino de tus hijos para que ellos también tengan las señales requeridas para su propio Camino de perdón (o de lo que sea, no olvidemos que UCDM es un camino, uno más del plan de estudios universal, no el único, como él mismo dice). Y si fuiste un “mal” padre, fue para poder tomar conciencia, perdonarte y sanar tu percepción. No hay más. No le busques tres pies al ego, ya que se los encontrarás. Tiene mil, como mínimo.

No quiero perderlos

Y no lo harás. El tiempo no existe, la distancia no existe y la muerte no existe. Si cambias el propósito, tus hijos te ayudarán en el cambio de percepción, hasta que interiorices y vivencies de verdad las afirmaciones anteriores. “Eso es muy difícil” (Ese es tu ego. Es su primera respuesta. Porque cree que lo tiene que hacer todo él solo. Falso. Deja de ser guardián de tu sistema de pensamiento e invita a entrar las veces que haga falta al Espíritu Santo para que El juzgue por ti. En lo que respecta al ego, recuerda esta frase: *Menos es más.*

Cómo transmitir a mis hijos Un Curso de Milagros

Con el ejemplo. Lo puedo decir más alto pero no más claro. Recuerda esta frase:

“Lo que hago grita tan fuerte que lo que digo no se escucha”

Una historia personal para terminar

En el capítulo anterior, he contado como era la relación con mi padre. Pueden ustedes imaginarse lo bien pertrechado que yo estaba para enfrentarme al desafío de mi propia paternidad. Podría decirse que estaba preparadísimo **para repetir los esquemas que viví en la infancia**, ahora con otras víctimas, mis hijos. Y, de hecho, eso es lo que sucedió en los primeros tiempos, hasta que UCDM entró en mi vida.

El Universo me regaló dos vástagos, por este orden:

Mi hijo Ramón, que cuenta actualmente con diecinueve años. Desde el principio, el espejo de su padre. Un niño “modelo” hasta los tres años (como su padre, por lo menos eso es lo que cuenta la abuela siempre), y, a partir de entonces, comencé a ver en él todo lo que no me gustaba de mí mismo. Era consciente de ello porque llevaba muchos años sumergido en terapias varias y era un gran consumidor del supermercado espiritual, como siempre explico, aún a riesgo de hacerme pesado. Lo malo es que era consciente justo después de enfadarme con el niño, castigarlo, gritarle y repetir los patrones de comportamiento que mi padre tenía para conmigo. Eso sí, en aras de “educarlo”, “hacer de él una persona cabal” y un largo etcétera de prejuicios de los ya hemos hablado. Y, al darme cuenta de mis errores casi al momento de cometerlos, pero nunca antes, eso hacía que me sintiera más culpable aún. ¿Cómo era posible que yo, con lo que “me había trabajado” (expresión típica del ego espiritual, basado en el sacrificio y sufrimiento, eso sí, “espiritual”) aún cayera una y otra vez en esas odiosas reacciones? Pues muy sencillo: Porque estaba retroalimentando constantemente el sistema de pensamiento del ego: proyectaba mi culpa en mi hijo, al verla en él me la creía, y al creérmela la volvía a incorporar a mi sistema de pensamiento. Con lo cual nuestra relación era infernal.

Hasta que comencé a emplear la maravillosa herramienta del perdón cada vez que tenía pensamientos de ataque contra él. Y era igual que fuera antes, durante o después de una bronca, puesto que el tiempo no existe. Me perdonaba y entregaba el juicio sobre mi hijo al Espíritu Santo. Y lo sigo haciendo.

Todo comenzó un día que vi un video * en Youtube de Rosa M^a Wynn, la traductora al castellano de Un Curso de Milagros, donde explicaba los compromisos que había que tomar para establecer una relación santa con una persona. Aunque en ese momento pasaba por uno de los muchos estados intermitentes de soltería que ha

habido en mi vida (con la “urgencia” que eso supone), en seguida sentí que quería establecer esos compromisos con mi hijo. Y eso hice. Evidentemente, no fue perfecto desde el principio. A veces me olvidaba y después sentía culpa, etc. (Exactamente igual que con los ejercicios del Curso, que realizaba diariamente por aquel entonces). Pero insistí y persistí. Como dice UCDDM, “*solo hace falta un poco de buena voluntad por tu parte*”.

¿Qué pasó? Que mi percepción de él cambió completamente y, por supuesto, nuestra relación también. No hay color entre poner límites desde el perdón o hacerlo desde el juicio. Y tampoco lo hay entre usar al ego como vehículo de relación, con lo que comporta eso cuando asumimos el papel de padre o madre en el mundo de las formas (“Me perdono esto que veo en ti porque es mío, no obstante tomo esta decisión o esta otra que, aunque sean irreales, creo que te pueden ayudar, a ti y a todos los involucrados en la situación, también irreal, y me perdono por si estoy equivocado.”), que usarlo desde el ataque, cuando “nos creemos” ese ataque y la subsiguiente proyección que suele venir en el futuro. (“Eres malo, y te hago esto para que cambies y seas bueno en el futuro, no sea que acabes mal.”).

Y, claro, mi hijo “cambió”. Y lo sigue haciendo. Igual que mi percepción.

Después vino mi hija Marina, actualmente con dieciséis años. Una niña brillante, cariñosa, con mucho don de gentes y una simpatía natural arrolladora. Y una estudiante excelente. Ideal para repetir otra vez los esquemas, ya que yo también tengo una hermana que fue la antítesis mía en comportamiento y aplicación en los estudios durante mi infancia. Y que, naturalmente, era el ojito derecho de mi padre, un pedazo de relación especial donde las hubiera. Otra oportunidad excelente para humillar aún más a mi hijo con comparaciones odiosas que suelen hacerse en las familias. (“Mira tu hermana lo bien que lo hace, etc.”). Como me pasó a mí durante una buena época de mi vida, hasta la adolescencia, donde mi hermana y yo enterramos el hacha de guerra y, de enemigos, nos convertimos en íntimos amigos y cómplices, situación que aún hoy dura y que espero que sea así hasta que venga el conocimiento final. Y si no, me perdono por si acaso.

Y UCDDM me abrió los ojos: He entendido que el Espíritu Santo me ha puesto dos relaciones especiales en mi día a día en las personitas de mis dos hijos: Una me facilita el perdón, el crecimiento y el cambio de percepción. Y la otra también lo hace, pero al revés: Me permite ver mi propia santidad. Que no es poco.

Como muy bien dice la Biblia: *Los Caminos del Señor son inescrutables*. Sobre todo desde el sistema de pensamiento del ego.

* Aquí tienes un pequeño escrito sobre la relación santa extraído de diferentes seminarios impartidos por Rosa M^a Wynn. Te recomiendo que veas la conferencia que está en la sección “Recursos Externos”, así como la entrevista.

“Lo fundamental del Curso como filosofía, sería el Perdón, la expiación, pero la relación santa es la espina dorsal como método de trabajo. Es donde realmente podemos trabajar los principios que indica el curso.

Una relación santa no está supeditada a la forma que tenga, eso puede cambiar, no importa que sea nuestro padre, nuestra pareja, un compañero Se realiza con una persona que elegimos, una persona que realmente nos importa. Lo más importante que podemos hacer aquí es dar honor a los otros, a nuestras relaciones, a nuestros padres, a nuestros hijos, la familia es Sagrada.

Tenemos que entregar esa relación en nuestra vida deliberadamente. “Esta relación te la entrego, Padre” y que su único propósito sea para el beneficio de los tuyos.

Y no vale que sea contigo mismo, ha de ser con el que aparentemente es otro. Finalmente esa persona es tú mismo, es tu espejo. La mayor parte de las veces no podrás ver al otro con los ojos de Cristo, especialmente cuando está en su ego o te está atacando, entonces lo único que quieres es salir corriendo, atacar o esperar para atacar más tarde.

La relación santa se hace en un momento de cordura, en un momento en el que estas conectado con Dios en el que te das cuenta que lo único que tiene sentido es tu relación con Dios, lo que es de dios, lo que es divino. Cuando alguien nos ataca nos vemos dominados por nuestra ira, por nuestra rabia.

Es un convenio, una promesa que haces con el espíritu, no con la persona. Entregamos una RELACION. No importa si tu pareja está o no en esto, es tu compromiso con el espíritu. Sería mejor que ambos se comprometieran en una relación santa porque así los dos reman en la misma dirección, pero no es necesario, solo se requiere uno que diga al Padre: “Voy a amar a este hermano como tú quieres que yo ame”.

Y el único amor que es real aquí es el amor de Dios y nosotros tenemos que hablar como ama Dios. Nuestra palabra no vale mucho, damos nuestra palabra y al día siguiente la cambiamos Sin embargo nuestra esencia es puramente íntegra y esa compromiso con Dios, lo vamos a cumplir.

Finalmente lo que aprendemos con esa relación santa lo trasladamos a todas nuestras relaciones. Llegará un momento en el que lo único que nos satisface es tener una relación santa.

El propósito de la Relación santa es que retomemos la manera en que nuestro padre quiere que nos relacionemos los unos con los otros.”

Fernando String

LECCION 4

Antes de nada, quiero que leas este fantástico fragmento del libro *Volver al Amor de Un Curso de Milagros*. Basándome en él quiero escribir esta lección.

«La dicha no cuesta nada.

Haz lo que te guste, lo que haga que tu corazón cante. Y nunca lo hagas por dinero. No trabajes para ganar dinero; trabaja para difundir la alegría. Busca primero el reino de los Cielos, y el Maseratti llegará cuando sea el momento. Dios no tiene conciencia de pobreza. No quiere que lleves una vida aburrida ni que tu trabajo te harte. No tiene nada en contra de las cosas de este mundo. "El dinero no es malo; simplemente no es nada." Como todo lo demás, se lo puede usar con fines sagrados o impíos. Una vez tuve una pequeña librería. Un día entró un hombre que me dijo que me enseñaría a ganar dinero. -Cada persona que entra por esa puerta- me explicó es un comprador en potencia. Y eso es lo que usted tiene que decirse para sus adentros cada vez que un cliente entre en la tienda: «Comprador en potencia, comprador en potencia». Lo sentí como el consejo de un explotador. Me estaba aconsejando que considerase a los demás como peones en mi propio juego. Recé y recibí las siguientes palabras: «Tu tienda es una iglesia». Desde el punto de vista esotérico, iglesia alude a la reunión de almas. No es un fenómeno del plano exterior, sino más bien del interior. La gente no acude a tu tienda o tu empresa para que tú consigas algo. Esas personas te son enviadas para que puedas darles amor. Después de la oración y de haber sentido realmente que mi tienda era una iglesia, entendí que mi único trabajo era amar a la gente que venía a ella. Y fue lo que hice: cada vez que veía entrar a un cliente, lo bendecía en silencio. No todos me compraban un libro cada vez que entraban, pero la gente empezó a considerar que yo era su librera. Los clientes sentían la atracción de una atmósfera de paz. Aunque la gente no sepa exactamente de qué se trata, percibe cuándo se está irradiando amor en su dirección. Yo me quedo atónita cuando me encuentro con dependientes groseros, que se comportan como si al dejarte estar en la tienda te hicieran un favor. La rudeza es destructiva para la trama emocional del mundo. En el lugar donde yo crecí, la gente no va a una tienda que irradia esa clase de energía, porque uno no se siente bien allí. Cuando nuestro objetivo es hacer dinero, la creatividad se desvirtúa. Si yo creyera que el dinero es el objetivo final de mi enseñanza, tendría que pensar más en lo que le gustaría oír a la gente y menos en lo que yo siento que es importante que diga. Mi energía quedaría contaminada por mis esfuerzos para conseguir venderles mi conferencia y que volvieran otra vez trayendo a sus amigos. Pero si el propósito de mi trabajo es canalizar el amor de Dios, entonces sólo estoy ahí para abrir el corazón, el cerebro y la boca. Cuando no trabajamos más que por el dinero, nuestra motivación se centra en obtener y no en dar. La transformación milagrosa significa pasar de una mentalidad de ventas a una mentalidad de servicio. Mientras no realizamos este cambio, funcionamos desde el ego y nos concentramos en las cosas de este mundo y no en el amor. Esta idolatría nos arroja a un territorio emocional

extraño, en el que siempre tenemos miedo. Tenemos miedo tanto del éxito como del fracaso. Si nos acercamos al éxito, lo tememos; si nos aproximamos al fracaso, también lo tememos. El problema no está en el éxito ni en el fracaso, sino en la presencia del miedo, y en su inevitabilidad allí donde el amor está ausente. Como todo lo demás, el dinero puede ser sagrado o impío, según cuál sea el fin a que lo destine la mente. Tendemos a hacer con él lo mismo que hacemos con el sexo: lo deseamos, pero juzgamos el deseo. Entonces es el juicio lo que deforma el deseo, convirtiéndolo en una expresión desagradable. Como nos avergüenza admitir que deseamos esas cosas, fingimos de una manera insidiosa que no es así; por ejemplo, condenamos nuestros deseos incluso en el momento en que nos entregamos a ellos. Y, por lo tanto, la falta de pureza está en nosotros, no en el dinero ni en la sexualidad, que no son más que pantallas sobre las que proyectamos nuestro sentimiento de culpabilidad. Así como la mente temerosa es la fuente de la promiscuidad, y no el sexo, que sólo es el medio por el cual ésta se expresa, tampoco el dinero es la fuente de la codicia, sino sólo una de las maneras de expresarse que ésta tiene. La fuente de la codicia es la mente. Tanto al dinero como a la sexualidad se los puede usar con fines sagrados o impíos. Como con la energía nuclear, el problema no está en la energía, sino en cómo se la aplica.

Nuestro concepto de la riqueza es, en realidad, una estratagema del ego para asegurarse de que nunca lleguemos a tener nada. Una vez conducía por un barrio de Houston habitado por personas muy ricas, y pensé: «Esta gente trabaja para las grandes empresas multinacionales que oprimen al Tercer Mundo». Entonces, yo misma me detuve: «¿Cómo puedo saber de qué manera se ganan la vida todas estas personas y qué es lo que hacen con su dinero?». Mi actitud enjuiciadora, disfrazada de conciencia política, era en realidad el intento de mi ego de asegurarse de que nunca tuviera dinero. Lo que mentalmente no permitimos a los demás, nos lo negamos a nosotros mismos. Lo que bendecimos en los demás, lo atraemos hacia nosotros. Cuando era una muchacha, tenía la creencia de que al ser pobre estaba, de alguna manera, demostrando mi solidaridad con los más necesitados. Ahora veo que detrás de aquella idea se escondía mi miedo de fracasar si intentaba hacerme rica. Al final me di cuenta de que los pobres no tenían tanta necesidad de mi simpatía como de dinero en efectivo. No hay nada de puro ni de espiritual en la pobreza. Hay personas necesitadas que son muy santas, pero no lo son porque sean pobres. He conocido a gente rica sumamente espiritual, y a gente pobre que no lo era en absoluto. La Biblia dice que es más difícil para un rico entrar en el reino de los Cielos que para un camello pasar por el ojo de una aguja. Eso se debe a que el apego al dinero hace que nos apartemos del amor. Pero el imperativo moral no es rechazar el dinero en nuestra vida. El reto consiste en espiritualizar nuestra relación con él, teniendo claro que su único fin es sanar al mundo. En una sociedad iluminada, los ricos no tendrán necesariamente menos dinero, sino que los pobres tendrán mucho más. El problema, contrariamente a la forma en que lo percibe el ego, no es simplemente de distribución de la riqueza, sino de la conciencia que la acompaña. El dinero no escasea ni es un recurso finito. No somos pobres porque los ricos sean ricos, sino porque no trabajamos con amor. Tenemos que recordar que nuestro dinero es el dinero de Dios; aceptemos tener todo lo que Él quiera que tengamos para poder

hacer lo que Él quiere que hagamos. Dios quiere que tengamos la base material necesaria para conseguir nuestra mayor felicidad. El ego intenta convencernos de que Dios exige sacrificios, y de que la vida de servicio ha de ser una vida de pobreza, pero no es así. "Nuestro objetivo aquí en la Tierra es ser felices, y la función del Espíritu Santo es ayudarnos a lograrlo. Él nos conduce a la abundancia material que necesitamos para avanzar alegremente en el mundo, sin esclavizarnos a ella. Hay mucho trabajo por hacer para sanar al mundo, y parte de él cuesta dinero. Con frecuencia el Espíritu Santo nos envía dinero para que podamos llevar a cabo tareas que Él quiere ver cumplidas en Su nombre. Una actitud responsable hacia el dinero es estar abiertos para recibir lo que venga, y confiar en que nunca nos faltará. Al pedir milagros, pedimos al Espíritu Santo que elimine los obstáculos que impiden que recibamos dinero, obstáculos que toman la forma de ideas como: el dinero es impuro, si tenemos dinero es que somos codiciosos, los ricos son malos, o yo no debería ganar más dinero del que ganan o ganaron mis padres. Tener dinero significa que podemos dar trabajo a otras personas y sanar al mundo. Lo que le sucede a una sociedad cuando el dinero deja de circular no es nada agradable. Uno de los principios que hay que recordar en lo que se refiere al dinero es la importancia que tiene pagar por los servicios que otras personas nos prestan. Si negamos a alguien su derecho a ganarse la vida, lo mismo nos negamos a nosotros. Lo que demos recibiremos, y lo que no queramos dar nos será negado. Y para el universo no hay diferencia alguna entre robar a una gran multinacional y robar a una arrugada y simpática ancianita. El universo apoyará siempre nuestra integridad. A veces nuestras deudas son tan grandes o confusas que, aunque tengamos la mejor de las intenciones, la carga y la culpa resultan abrumadoras, y simplemente amontonamos las facturas en el fondo de un cajón y tratamos de olvidarlas. O cambiamos de número de teléfono. El universo no nos apoyará en eso. Una gran persona no es alguien que nunca se cae, sino alguien que, cuando se cae, hace lo necesario para ponerse de nuevo en pie. Como siempre, de lo que se trata es de pedir un milagro. En general, nadie va a la cárcel en nuestro país por tener deudas. Una vez más, como dice Un curso de milagros, «Todo el mundo tiene derecho a los milagros, pero antes es necesario una purificación». La pureza de corazón hace que progrese rápidamente. Si tienes deudas, por grandes que sean, escribe una carta a las empresas o personas a quienes debes dinero, reconoce el problema, discúlpate si es necesario y hazles saber que les ofreces un plan de pagos, efectivo a partir de ese momento. Envíales algo de dinero con la carta, y no te prepares para el fracaso. Si puedes pagarles quince mil pesetas al mes, perfecto. O págalas cinco mil, si no llegas a más. Pero no te olvides de pagar regularmente y con puntualidad. No importa si la deuda es de cinco millones de pesetas. El Curso afirma que «no hay grados de dificultad en los milagros». No importa la forma que asuma un problema ni su magnitud; un milagro puede resolverlo. ¿Qué significa esto? Que en cualquier momento podemos volver a empezar. No importa cuál sea el problema; si mentalmente tomamos una actitud respetuosa, el universo siempre nos ayudará a solucionar el desastre y empezar de nuevo. Arrepentirse significa volver a pensar. En cualquier aspecto de nuestra vida, el universo nos apoyará en la misma medida en que lo apoyemos. La mayoría de nosotros arrastramos algún lastre con respecto al

dinero, que puede ir desde una necesidad inadecuada de tenerlo a un concepto inadecuado de lo que es. De niños, muchos recibimos intensos mensajes sobre el dinero. De palabra o con hechos, nos enseñaron que es de suma importancia, o que no es espiritual, o que es difícil de ganar, o que es la raíz de todo mal. Muchos tenemos miedo de que los demás no nos quieran si no tenemos dinero, o si tenemos demasiado. Se trata de un ámbito en el que, individual o colectivamente, necesitamos una sanación radical de nuestros hábitos mentales.

Recemos: «Dios amado, en Tus manos pongo todos mis pensamientos sobre el dinero, todas mis deudas, toda mi riqueza. Abre mi mente para que reciba abundantemente. Por mi mediación, canaliza Tu abundancia de una manera que sirva al mundo. Amén».

*VOLVER AL AMOR
DE UN CURSO DE MILAGROS
MARIANNE WILLIAMSON*

Bueno, ¿Qué tal? Impresionante, ¿no? Se puede decir más alto pero no más claro. Bien, ahora me toca a mí trabajar un poquito para justificar el Amor que me das en forma de dinero, en concepto de pago de este curso.

“Haz lo que te guste, lo que haga que tu corazón cante. Y nunca lo hagas por dinero. No trabajes para ganar dinero; trabaja para difundir la alegría.”

Una vez más, nos encontramos con la ley fundamental del “cambio de propósito”. En las relaciones especiales que establecemos con lo material (aquí el dinero es un ejemplo muy común), en las cuales buscamos inconscientemente nuestra **compleción** (que sólo puede hallarse en Uno mismo, cuando comienza a darse cuenta de que solo es Uno, y allí está Todo), están también las semillas y señales del cambio. Como siempre, marcado por el perdón y la entrega del juicio y, en este caso, del prejuicio: El dinero, la posesión de cosas materiales, el estatus, el “tener “cosas, el “hacer” para tenerlas, se convierten en nuestros dioses particulares, nuestros altares internos, en una palabra: Nuestros falsos ídolos. Sí, todo eso nos viene dado, de acuerdo. Pero hasta que no reconocemos que quien decidió que esa fuera nuestra escala de valores fuimos nosotros mismos, hasta que no experimentamos ese pequeño pero gran “despertar “, no comienza el cambio. Responsabilidad versus victimismo.

Pero podemos cambiar el propósito: En lugar de usar la relación con lo material para sentirnos plenos (cosa a todas luces imposible), **la usamos para extender el Amor**. Extendemos la abundancia en lugar de proyectar nuestro miedo y nuestra carencia. Extender versus proyectar. Y la manera más fácil y lógica de hacerlo es aprovechar aquello que te ha sido dado para compartir con tus hermanos. ¿Y cómo puedo distinguirlo? Muy fácil: “*Lo que haga que tu corazón cante*”.

¿Y qué es lo que hace que mi corazón cante, cómo lo encuentro? Pues creo que lo he olvidado... Sencillo: admite que no puedes encontrarlo desde el sistema de

pensamiento del ego, que te tiene enterrado con sus prejuicios y obligaciones mundanas, y pide un Instante Santo, pide inspiración y siéntate a escuchar. Y acepta que la escucha puede ser larga, y que quizá deberás pedir más Instantes Santos. Pero la información vendrá, no te quepa duda, puesto que está Ahí, disponible para ti cuando quieras escucharla.

Y acepta también que quizá no quieras escucharla. Puesto que se trata de una “escucha activa”, que inmediatamente requiere acciones y pasos en el mundo de las formas. Y eso significa algo a lo que el ego teme: Los cambios en el mundo de las formas. Aunque, paradójicamente, es una de las cosas que más le dan pie para juzgar, interpretar, analizar, enfadarse, etc.

Cambios que, no te quepa duda, el ego identificará como “pérdidas”, “inconvenientes”, “imposible”, etc. Seguramente necesitarás perder una buena parte de tu equipaje material para realizar ese cambio que necesitas para extender el Amor a tus semejantes. Acéptalo, déjalo marchar y perdónate todos los miedos que surjan. Lo que pasa cuando dejas ir y confías es maravilloso. Te lo dice una persona que escribe estas líneas desde un teclado prestado, una casa prestada, un pequeño remanente en el banco ridículo desde el sistema de pensamiento del ego, una mochila pequeña con la que voy a todas partes, un coche de tercera mano con más de quince años de antigüedad, un ordenador viejo, la ropa que necesito (hace años que no me compro ropa), un teléfono móvil y unos cuantos libros que tomo prestados de bibliotecas y lugares de intercambio. Esas son todas mis posesiones materiales.

Pero el enorme arsenal de confianza que el Espíritu Santo me ha ayudado a desarrollar hace que sepa, **porque lo sé**, que todo llega cuando realmente lo necesito, y no cuando “creo” que lo necesite. Y entre ese “desear” del ego y ese “obtener” del Espíritu Santo existe un camino al despertar que te recomiendo que sigas, unas fantásticas oportunidades de perdón y de deshacimiento como nunca imaginaste.

Pero desengañaate, **no es lo que tengas**, puesto que tu caso puede ser muy diferente del mío, sino **cómo lo vives**, y, sobre todo: **Qué piensas de ello**. Aquí está el quid de la cuestión.

Antes de sentarme a escribir, mi gran pasión, he ido a dar un paseo por la playa, he desayunado en una terraza, he leído un rato (mi otra gran pasión), he estudiado el Curso una vez más (es para toda la vida, I’m sorry), he cocinado (me relaja hacerlo) y, esto es lo más importante, he entregado el día al Espíritu Santo tan solo levantarme de la cama. Si Él está de acuerdo (No olvides la frase: *Si quieres ver reír a Dios, haz planes.*), después de comer y de ver mi serie favorita en la televisión, me echaré una buena siesta, oyendo las olas de fondo, y después iré a tomar una cerveza con unos amigos en una terraza frente al mar.

Lo adivinaste: Solo trabajo normalmente por las mañanas y únicamente en “lo que hace que mi corazón cante”.

¡Vaya estrés, eh! (Aquí haría falta poner un emoticono, jejeje)

¿Qué cómo lo he logrado? ¿Con detalle? Lo voy a contar en un curso dedicado enteramente a eso: “Como sané mi relación con la abundancia aplicando UCDM”. Creo que estará listo en diciembre. Así que estate atento a las novedades.

“Cuando nuestro objetivo es hacer dinero, la creatividad se desvirtúa. Si yo creyera que el dinero es el objetivo final de mi enseñanza, tendría que pensar más en lo que le gustaría oír a la gente y menos en lo que yo siento que es importante que diga.”

Y esto es algo muy frecuente cuando hablamos de relaciones especiales, a las cuales pedimos siempre “algo a cambio” de lo que damos nosotros. Y, por la misma regla de tres, cuando NO nos dan aquello que esperamos, cómo lo esperamos y en el momento que queremos recibirlo (que es casi siempre, a juicio del ego, de eso se encarga él, puesto que sabe que eso nos producirá infelicidad y sufrimiento), entonces podemos juzgar a nuestro hermano e intentar manipularle de otra manera, mostrando otra de las máscaras del ego que creamos que van a “funcionar” mejor para conseguir lo que queremos. Con el tiempo, esas máscaras se convierten en parte de nosotros mismos. Nos ponemos una máscara para nuestro jefe, otra para nuestra pareja, otra para los clientes, etc., siempre pensando en ocultar nuestra verdadera cara, no sea que los demás sepan “lo malo que en realidad soy”. Y claro está, esta culpabilidad escondida en la sombra pugna por salir una y otra vez en forma de ataques contra nuestros hermanos, juicios e interpretaciones de las situaciones que vivimos como “injustas”, “desafortunadas”, “desgraciadas”, etc. Y perdemos la noción de Quien realmente somos, escondidos bajo capas y capas de disfraces, en apariencia amables, condescendientes, de “sonrisa de vendedor”, pero que en el fondo se basan en una mentalidad de carencia y miedo, que cree que “todo lo que yo consiga lo pierde el otro”. Y viceversa.

No me cansaré nunca de repetir (y repetirme):

“Recuerda que aquello que deseas ya te ha sido dado.”

“Tanto en las cosas profundas como en las superficiales, la abundancia en el Universo es infinita.”

“El problema no está en el éxito ni en el fracaso, sino en la presencia del miedo, y en su inevitabilidad allí donde el amor está ausente.”

Puesto que el éxito y el fracaso no existen, tampoco existen las circunstancias externas que crees que te van a llevar hacia un lugar o hacia otro. Lo malo es que te las creas, que te creas que depende de ti, de lo que tú hagas, de lo que tú creas, de la mala o buena suerte, etc. Que eleves ese éxito o fracaso al altar de los falsos ídolos y supedites tu felicidad a ellos. Llámalos como quieras: Dinero, éxitos profesionales,

diversión, pareja, amigos, posesiones materiales, etc.

Puesto que todo eso en sí mismo no es nada, y todo lo que elevas a la categoría de ídolo va a tener unos condicionamientos y unas circunstancias por y en las cuales deberá desarrollarse para que esté a tu gusto (mejor dicho, al del ego) que jamás se cumplirán, ya que en el cambiante mundo de las formas nada es nunca como el ego quiere que sea, he aquí uno de los motivos para que el hacha de guerra esté siempre desenterrada.

“Nuestro concepto de la riqueza es, en realidad, una estratagema del ego para asegurarse de que nunca lleguemos a tener nada.”

Totalmente de acuerdo. Y yo diría más: Aunque consigamos esos bienes materiales que etiquetamos como “riqueza”, no conseguiremos jamás la felicidad que anhelamos tener a través de ellos. Porque, como siempre, estamos buscando nuestra compleción en el lugar equivocado. Por tanto, al entrar en esa rueda de sacrificio-para-conseguir-aquello-que-no-me-hace-feliz, automáticamente entramos en una rueda de sufrimiento que para muchos dura toda la vida, mientras están en este cuerpo.

¿Y si invirtiéramos el orden? : **“Serás rico cuando seas feliz, y no al revés”**

“Dios quiere que tengamos la base material necesaria para conseguir nuestra mayor felicidad. El ego intenta convencernos de que Dios exige sacrificios, y de que la vida de servicio ha de ser una vida de pobreza, pero no es así.”

¡Por supuesto que no! Cuando escribo este curso no puedo estar pensando (mejor dicho; sí puedo, pero no quiero) en el dinero que me producirá, en si me dará popularidad, que pensará de mí la gente que lo siga, en si esta frase o aquella otra puede dar lugar a que uno se enfade u otro no lo entienda. **Eso sería un sacrificio.** Ya que no estaría haciendo mi trabajo desde una mentalidad de servicio, basada en la **confianza**: “Lo hago lo mejor que puedo, desde el Amor, y el Espíritu Santo tendrá a bien enviarme los resultados, cómo y cuándo decida, a través de este curso o a través de cualquier canal por donde crea El conveniente que yo reciba, a mi vez, Amor”. Esa sería una buena oración que, quizá con palabras diferentes, deberíamos repetirnos a menudo.

¡Pues claro que de vez en cuando siento miedo y pienso en estas cosas! Pero me perdono, entrego esos juicios y sigo adelante. Por eso practicamos el Curso: Perdonar (se) y confiar.

“La mayoría de nosotros arrastramos algún lastre con respecto al dinero, que puede ir desde una necesidad inadecuada de tenerlo a un concepto inadecuado de lo que es. De niños, muchos recibimos intensos mensajes sobre el dinero. De palabra o con hechos, nos enseñaron que es de suma importancia, o que no es

espiritual, o que es difícil de ganar, o que es la raíz de todo mal.”

¿Te suena? Y lo mismo pasa con todo tipo de relación especial que creas que va a completarte y a hacerte feliz. ¿O no te han dicho nunca: “*Tanto tienes tanto vales, en algún lugar está tu media naranja, mejor solo que mal acompañado, quien te quiere te hará llorar...*”, y un largo etcétera de frases-prejuicio que te condicionan y hacen que te sientas siempre incompleto, insatisfecho, infeliz, en una palabra, que te sientas “in”.

No somos la generación de los “ni-nis” (ni estudian, ni trabajan), como se ha venido a llamar de forma humorística, sino de los “in-in”.

Para terminar:

Todas las relaciones especiales que en su día vinieron a tu vida no son para lo que crees que son. No son para que “hagan algo por ti, de determinada manera y en el tiempo y el lugar que deseas”. **Son para que despiertes.** Para que, a través de esos juicios e interpretaciones que vas a hacer sobre el cumplimiento de tus expectativas (mejor dicho, el No cumplimiento) puedas darte cuenta, mediante la aplicación del perdón, de que las respuestas están Dentro y no afuera. Por eso, en realidad, todas las relaciones son santas, porque te ayudan a despejar los obstáculos que te impiden ver tu propia santidad. Eso si te dejas, claro está.

“La relación especial y la relación santa están únicamente a un pensamiento de distancia. “ (Ésta es de cosecha propia)

FIN